



El valor del conocimiento

Joan J. Guinovart

Si John Rose, el jefe ejecutivo de Rolls-Royce, dice que en el futuro hablaremos cada vez menos de países *desarrollados*, en vías de desarrollo y subdesarrollados, y que cada vez distinguiremos más entre países *con talento*, *con más talento* y *con mucho talento*. El conocimiento, el talento, que es la base de la innovación, va a ser el factor clave en determinar el destino de los pueblos. Desgraciadamente, no parece que España vaya por el buen camino. Según un informe reciente de la Unión Europea sobre innovación en Europa, España está en el pelotón de los torpes, en el grupo de los que pierden terreno, acompañados de –atención a la lista de compañeros– Estonia, Bulgaria, Polonia, Eslovaquia, Rumania y Turquía. No nos queda ni el consuelo habitual de tener por detrás a Portugal y Grecia, que en esta ocasión se sitúan, junto con Eslovenia, Hungría, República Checa, Lituania, Letonia, Chipre y Malta, por delante de nosotros en el grupo de los que, aun estando retrasados, «progresan adecuadamente» y pueden aspirar a aprobar. El grupo de los empollones lo forman Suiza, Finlandia, Suecia, Dinamarca y Alemania.

Según el estudio mencionado, la tendencia más débil en España es en educación. Es el enésimo aviso que recibimos (recordad el informe PISA) y no somos capaces de reaccionar con decisión y valentía. Otro punto en el que España se demuestra muy débil es en innovación empresarial. Ocupamos el vigesimosegundo puesto entre los 25 miembros de la Unión Europea.

La nueva economía no está basada en «mano de obra» barata, sino en «cerebro de obra». No es sorprendente por ello que las sociedades que triunfan sean las que disponen de los científicos más creativos, los ingenieros más innovadores, las universidades y los centros de investigación mejor preparados para estudiar y resolver problemas complejos y las empresas con capacidad para generar productos de alto valor añadido. Esos países han mejorado su nivel de vida muy por encima de lo que no lo tienen. Buenos ejemplos son Singapur, Corea del Sur, Irlanda, y, desde hace unos años, zonas de India y China. Estamos viendo cómo la fabricación de productos puede ser trasladada de un punto a otro en muy poco tiempo. Dada la facilidad con que se mueve el capital es fundamental disponer de trabaja-

dores más eficientes, más competentes y más idóneos que los otros países, si queremos atraer y mantener los puestos de trabajo el mayor tiempo posible. El truco es preparar e instruir a los ciudadanos mejor que el vecino. Urge, pues, crear un sistema educativo que capacite a nuestros jóvenes para competir en un mundo global. La caída del muro de Berlín y del telón de acero y la apertura de países antes cerrados, como China, todo ello apoyado en la facilidad de las comunicaciones digitales, ha creado un mundo sin fronteras donde la información viaja a la velocidad de la luz. El tiempo de difusión de los nuevos conocimientos se ha reducido de forma drástica, de tal manera que cada vez más gente tiene acceso a los nuevos datos con menos retraso. Por otra parte, cada nuevo descubrimiento requiere dominar técnicas más complejas. En este escenario es el talento el que decide quién gana.

España dejó de aprovechar la revolución industrial del siglo XIX y lo hemos pagado bien caro. No podemos permitirnos ahora perder el tren de la revolución del conocimiento. Es una cuestión de supervivencia, está en juego el futuro de prosperidad y bienestar de nuestros hijos y nietos. #